

MÉTODO EXPERIMENTAL Y DOGMATISMO CIENTÍFICO

José Luis Pascual Blázquez



Figura 1. Burro tocando el arpa. Iglesia de Aulnay de Santonge (Francia)

Introducción

Vuelven a la carga los escolásticos de turno con sus diatribas contra las paraciencias y, muy en particular, contra los remedios homeopáticos y otros que no se reconocen como medicamentos, pero encontramos en muchas farmacias. Sobre los cuales, los farmacéuticos suelen aconsejar a los clientes y lo hacen bien, profesionalmente, diciendo al paciente lo que puede o no puede esperarse de tales remedios.

Los médicos, por su parte, se ven obligados a decir lo que saben y a veces lo que ignoran sobre esos remedios que se van popularizando, pero no estudiaron como tales en la Facultad ni se halla en sus farmacopeas. Por ejemplo, la ingestión de colágeno para favorecer la conservación de los cartílagos de las articulaciones. Hay algunos médicos que se ríen de este uso diciendo que es como comer huesos en polvo para combatir la osteoporosis, mientras que otros, con mentalidad más abierta, sugieren al paciente que lo pruebe, y si le funciona, pues que siga, que es bueno para él, que en todo caso no sufrirá perjuicios por intentarlo.

Conocido es el aforismo hipocrático de que “sea tu alimento tu medicina, y tu medicina sea tu alimento”. Por ejemplo, se sabe que los anacardos contienen sustancias que inhiben la inflamación de la próstata, pero hay urólogos que piensan que, para que esa ingesta fuese eficaz, el paciente debería comer unos cuantos kilogramos de anacardos diarios, lo cual resultaría, además de imposible, perjudicial. En el fondo de este razonamiento hay una actitud simplista y lineal, que es en la que se ha formado el médico en la Facultad. Aquí, la sustancia aislada, el “principio activo”, es lo realmente eficaz, y la dosis, lo importante. O, lo que es lo mismo, hay proporcionalidad entre la cantidad ingerida y el efecto fármaco-dinámico: doble dosis = doble efecto, etc.

Craso error. Esto supone una gráfica lineal, la de la función matemática $y = ax + b$, pero, en la Naturaleza libre, la línea recta está ausente. El agua en libertad se mueve en remolino, el aire en libertad forma torbellinos, y lo mismo hacen tanto los planetas alrededor del Sol (incluso las órbitas elípticas son una ficción), como las espirales del ADN o de los niveles electrónicos de los átomos, etc. Lo omnipresente en la naturaleza son las estructuras helicoidales. Más que la linealidad, el crecimiento en el mundo natural está gobernado por el número e . Sí, aquel de oscuro y abstruso enunciado matemático:

$$\lim_{n \rightarrow \infty} \left(1 + \frac{1}{n} \right)^n = 2,7182\dots \text{ (infinitos números decimales)}$$

Otro número importante en la Naturaleza es π , otro irracional. Sí, irracional. No es que le falte la razón, sino que no es comparable con otro número.

No es de extrañar, por tanto, que los escolásticos del siglo XXI se atrevan a afirmar sin ninguna clase de sonrojo que los remedios homeopáticos son placebos y la Homeopatía una falsa ciencia. Se basan en que las diluciones a las que se someten las sustancias para obtener dichos remedios son tan fuertes que, al final, ya queda soluto en ellas y, por tanto, lo único que hay presentes allí es el agua o la lactosa empleados como diluyentes.

¿Perdió el juicio Hahnemann, médico minucioso y detallista hasta el límite, uno de los mejores químicos de su tiempo, un concienzudo diseñador de sus trabajos en el laboratorio, para diluir y diluir esas sustancias hasta la extinción de cualquier concentración de ellas en el mortero o en el vial? ¡Ah! Los negacionistas del método experimental pasan por alto un punto vital en el laboratorio homeopático: la sucusión. Porque, en Homeopatía, los remedios no solo se diluyen, sino que sufren 100 golpeteos en cada dilución sucesiva. ¡Paparruchas! El golpeteo es algo simplemente mecánico que no

puede producir el menor efecto, nos dirán, naturalmente, sin haberse parado en comprobarlo en absoluto. ¡Método experimental!

E pur si muove!, dijo Galileo después de retractarse ante el papa de su afirmación de que la Tierra gira en torno al Sol (“y, sin embargo, se mueve”). Los amigos del método experimental, sin embargo, no se dignan comprobar los efectos de esos remedios dinamizados homeopáticamente. Su teoría físico-química, sus dogmas establecidos e inamovibles, les bastan. No hay sustancia, luego no hay efecto. ¡Método experimental! Los que afirman haber probado sus medicamentos con cientos de pacientes para obtener el reconocimiento de las diversas Agencias del Medicamento. Los que hablan de “efectos secundarios”, como si hubiera primarios y de segundo orden. Como si se pudieran deslindar unos de otros. ¿O no hay un desfile continuo de sustancias que se van retirando de los circuitos farmacéuticos y van siendo sustituidas por otras? ¡Naturalmente, avanzamos en el conocimiento, faltaría más! ¿O hay avance a tientas en la oscuridad de nuestra ignorancia? Inciso: cuando en agosto del año 1609 Galileo instaló su telescopio en el campanile de San Marcos en Venecia, los escolásticos se negaban a mirar a través de él las manchas del Sol, ya que, según ellos, el Sol, símbolo de Cristo en el mundo, no podía tener manchas. Nada nuevo bajo el Sol.

Durante años, los médicos estuvieron descartando el aceite de oliva y el pescado azul para los pacientes con colesterolemia. Hoy se recomiendan. ¡Método experimental! Durante años, aconsejaron descartar los huevos de la dieta por el mismo motivo. Hoy se puede comer un huevo diario. Antes, la homosexualidad estaba reconocida como una enfermedad y a los hombres homosexuales se les inyectaban estrógenos por orden judicial (por ejemplo, en el Reino Unido), o se les incluía en la ley de “vagos y maleantes” (España en la postguerra). Hoy se considera una conducta normal en todos los órdenes. ¡Método experimental! Las úlceras pépticas se trataban seccionando el nervio neumogástrico, después con bicarbonato sódico como antiácido, más tarde con hidróxidos de aluminio y magnesio, y hoy con antibióticos para acabar con la *helicobacter pilori*, a cuya presencia en el estómago se achaca la hiperclorhidria (acidez estomacal). ¡Método experimental! Primero se consideró una enfermedad de ejecutivos, después de gentes sometidas. En fin, ¿para qué continuar un diálogo de besugos?

La provisionalidad de las teorías científicas como ejemplo

El matemático francés Henri Poincaré describió el carácter de la ciencia actual en dos obras fundamentales, *Ciencia y método* y *La ciencia y la hipótesis*. Pero, ¿a qué estudiante de ciencias se le pide hoy en su curriculum la lectura de estas obras o de otras similares? En los tiempos de la “memoria histórica”, menos aún se ofrece a los estudiantes de ciencias nada que tenga que ver con la Historia de la Ciencia: el avestruz esconde la

cabeza bajo el ala por si acaso ve algo que pueda turbar su paz de espíritu (mejor dicho, su *feel good*).

Veamos algún ejemplo de la provisionalidad de las teorías científicas, que no son falsas ni verdaderas, sino interpretaciones esquemáticas de los hechos comprobados. No son “reales”, ni “realidades”, sino imágenes de la realidad, como un mapa lo es del territorio representado. Comencemos por nuestra idea de algo tan corriente y al alcance de los sentidos como la luz.

Un buen texto de Física nos dirá que la teoría corpuscular de la luz se remonta a los atomistas griegos. En el siglo XVII Newton fundamentó matemáticamente esta opinión filosófica en su *Opticks*, junto a sus otros trabajos que le llevaron a gozar el título de “Sir”, dándole apariencia de algo definitivo. Sin embargo, alguien tan importante en la *Royal Society* como Hooke era de parecer contrario y había fenómenos que contradecían la opinión de Newton. Pero la “imagen”, la fama y el prestigio popular de éste, prevalecieron. Y eso que Christiaan Huygens había establecido matemáticamente en 1678 su teoría matemático-ondulatoria, que aún hoy podemos ver en los textos. Posteriormente, los trabajos independientes de Young (1773-1829) y Fresnel (1788-1829) probaron experimentalmente la naturaleza ondulatoria de la luz, algo que también pareció definitivo. Hasta que en 1905 Albert Einstein publicó su interpretación cuántica del efecto fotoeléctrico, en el que la energía de la luz parecía concentrarse en pequeños “paquetes” llamados “fotones”, es decir, tenía naturaleza corpuscular. En definitiva: los hechos probaban la naturaleza corpuscular de la luz, a la vez que su carácter ondulatorio. Algo difícil de comprender para el sentido común, pero así quedó el problema.

El francés Louis Bohr, por su parte, dedujo de un modo sencillo la relación entre la longitud de la onda de una partícula en relación a su masa y velocidad, igualando las ecuaciones de Einstein y de Planck, $E = m \cdot c^2$ y $E = h \cdot v$. Éste último había descubierto en 1900 la inaplicabilidad de la mecánica newtoniana al mundo de los átomos. Algo que parecía tan sólido como las ecuaciones de Newton (echando por tierra algunas certidumbres que los escolásticos tenían por seguras, *magister dixit*) eran solo aplicables al mundo macroscópico. Incluso la teoría de la gravitación universal de Newton, tan admirada y aplaudida, ha quedado atrás con la relatividad de Einstein, donde la única realidad son los campos y el continuo espacio-tiempo.

Y los científicos, con Einstein a la cabeza, siguen divididos sobre si en la Naturaleza hay determinación o incertidumbre, si se puede llegar a resultados concretos o solo expresarse en términos de probabilidades. Aparte de una nueva física surgida del concepto de caos y orden. Caos, que vuelve a las ecuaciones inútiles para predecir la evolución de los sistemas y contra el que físicos y matemáticos no cesan de luchar.

Incluso la existencia de los átomos era discutida en la bisagra de los siglos XIX y XX. Dicho de otro modo, si la materia era continua o

discontinua. Finalmente se decantaron por esto último, pero los átomos, las moléculas y los enlaces químicos se tratan en términos ondulatorios (funciones de onda, niveles de energía, orbitales atómicos, orbitales moleculares, etc.). Por su parte, los electrones, son partículas finales, indivisibles. Entonces, ¿de qué están hechos? ¿Acaso hacemos mal la pregunta y no están hechos de nada, sino que aparecen en ciertos procesos? ¿Existe realmente la materia, señores materialistas?

Otro ejemplo importante de la provisionalidad del conocimiento. Durante siglos, los químicos se mofaron de los alquimistas negando la posibilidad de la transmutación metálica. Hasta que Irène Joliot-Curie obtuvo el Premio Nobel de Química en 1935 al realizar la primera transmutación de un elemento en otro (provocando la radiactividad artificial empleando neutrones para ello).

¿Tendríamos aquí que recordar, por tanto?

1º) Que la ciencia es conocimiento en transición, basado en la elaboración de teorías, que son espejos o imágenes de la realidad, pero no la realidad misma. Todas las teorías mejoran el conocimiento anterior y explican hechos nuevos, pero están llamadas a ser sustituidas por otras posteriores según la humanidad va avanzando en la interpretación de la Naturaleza. Las teorías deben explicar los hechos, no los hechos las teorías.

2º) No existen dianas terapéuticas perfectas. Cuando se introduce una sustancia en el organismo, no pueden deslindarse los efectos beneficiosos de los perjudiciales. Hay un riesgo que, efectivamente, cada vez es más asumido y divulgado, pero no se puede soslayar. El médico debe sopesar unos y otros, y decidir o aconsejar al paciente. De ahí que, como las teorías, los medicamentos van cambiando al conocerse -o reconocerse- los efectos indeseables que producen.

3º) La composición química es importante, pero no la única causa de la acción de una sustancia en el organismo. La “forma”, tal como justificaban Platón y Aristóteles, es fundamental, pese a lo que se ha escarnecido a su filosofía por considerarse algo de la ignorancia del pasado. Para la mentalidad lineal, el presente y el futuro son un progreso continuo, y el pasado igualmente, pero al contrario: la ignorancia y el atraso son tanto mayores cuanto más se retrocede en el tiempo. Volvemos a la Naturaleza discontinua y por saltos en la evolución de todo lo natural, a la omnipresencia de las helicoides en todo tipo de órdenes, para refutar semejantes dislates del racionalismo reduccionista.

Un ejemplo de la importancia de la forma lo tenemos en la talidomida, medicamento que a la postre resultó fatal para las embarazadas que lo tomaron.

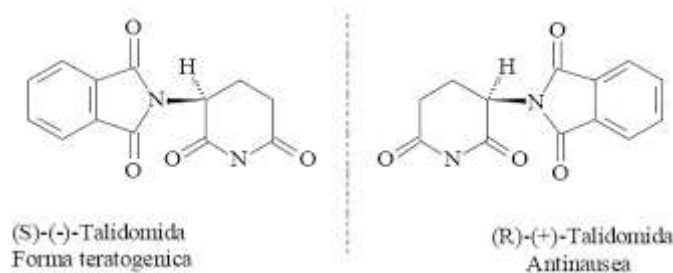


Fig. n° 2. Isómeros ópticos de la talidomida

Este compuesto es un isómero óptico, ya que contiene un carbono con cuatro sustituyentes distintos, lo cual da lugar a dos isómeros, con la particularidad de que uno es respecto a otro su imagen en un espejo. Como se ve en la figura, uno causa malformaciones en los fetos (efecto teratogénico) y el otro no. De haberlo experimentado adecuadamente, se habrían separado uno de otro y evitado los problemas graves en los nacidos de las gestantes que tomaron este medicamento. Podríamos concluir: “No todo es composición química (aquí es la misma en ambos isómeros). La distribución espacial, la forma, también puede ser clave en los efectos de una sustancia sobre el organismo.

4º) *El tamaño importa.* No es una picardía, sino una realidad que se ha comprobado recientemente con el nacimiento de la Nanotecnología. Cualquier manual de Química nos indica que el carbono es un aislante eléctrico. Pero la verdad es que esto solo es cierto en el mundo macroscópico. El grafeno, constituido por una lámina monoatómica de átomos de carbono, se comporta como un superconductor. Luego hay que huir de los razonamientos simplistas y apresurados. ¿Dónde queda el famoso “rigor científico” de quienes piensan saberlo todo? Puro engrandecimiento académico, simple vanidad.

Efectos inesperados de las pequeñas cantidades

La no linealidad de los efectos de las concentraciones de las sustancias sobre los seres vivos se constata en campos muy corrientes. Por ejemplo, en agricultura, existe la conocida “ley del mínimo”: las cosechas dependen de la sustancia que en el suelo se encuentre en menor proporción. Los nutrientes básicos de las plantas con el nitrógeno, el fósforo y el potasio. Si uno de ellos está por debajo de lo requerido por un cultivo, por mucho que haya de los otros, la cosecha depende del elemento (o del compuesto) deficitario.

Esto se constata también en los llamados oligoelementos, sustancias de las que las plantas (o los animales) requieren muy bajas cantidades, pero resultan imprescindibles: hierro, boro, manganeso, azufre, selenio, zinc, etc. No hay linealidad, cada elemento o compuesto ha de estar al menos en los mínimos requeridos para metabolismos de alta complejidad, como son los de cualquier ser vivo. Por el contrario, sustancias en exceso pueden inhibir

la absorción de otras. Tal es el caso del exceso de calcio en los suelos, que inhibe la absorción del hierro, provocando clorosis en las plantas y, en última instancia, su muerte.

Las vitaminas en los animales y humanos son otro ejemplo de no linealidad. Se requieren en cantidades ínfimas, pero resultan imprescindibles para el buen funcionamiento del organismo. En el caso de la flora bacteriana intestinal, su actividad proporciona otra gama de sustancias imprescindibles para la vida, imposibles de adquirir mediante la alimentación directa.

Las hormonas pertenecen también a este género de moléculas presentes en el organismo en bajas cantidades, pero de efectos imprescindibles para la vida. Ahora bien, pueden actuar de modo completamente inesperado. Conocido es el hecho de que las mujeres que conviven bajo el mismo techo acaban sincronizando sus períodos menstruales, lo cual se atribuye a la acción de feromonas presentes en el aire y que el olfato no detecta conscientemente, pero tienen su efecto. Por tanto, el fenómeno es totalmente inconsciente, pero real.

Hasta aquí estamos hablando de moléculas, de sustancias reales en cantidades ínfimas, pero comprobables. En cambio, ¿qué sucede cuando éstas se desvanecen o anulan, como es el caso de los remedios homeopáticos? Los oficialistas nos dicen que no puede haber otro efecto que el de placebo, lo cual ya es sugerente. Porque, ¿cómo funciona un placebo? ¿Cuál es el mecanismo detallado por el que la mente puede operar sobre el cuerpo semejante efecto sin causa física alguna? ¿Dónde queda en este caso la teoría? Pero, ellos mismos, ¿han hecho el experimento con los remedios homeopáticos, o simplemente hablan desde su pedestal académico?

Dilución y sucusión

Cuando desde la Medicina ortodoxa, o de la Química, se critica a la Homeopatía por la ausencia de sustancia en sus preparados, se olvida un punto importante: el removido de los sólidos en los morteros durante un tiempo largo, o las sucusiones en las disoluciones líquidas. La Química no concede importancia alguna a estas operaciones, en contra de la opinión de los alquimistas, que destilaban una y otra vez los preparados (operación llamada “circulación”) para exaltar sus efectos. Una práctica popular que ya solo se hace en lugares rurales apartados es poner las botellas de licores artesanos (de hierbas, de frutos, etc.) en los tejados de las casas, “al sol y al sereno”, para lograr este efecto de exaltación de sus virtudes. Lo repetimos, para la Química, esta repetición de operaciones un día tras otro no proporciona resultado alguno, según las teorías en que las moléculas se consideran esferas perfectas, los choques entre ellas son elásticos, existe el movimiento caótico entre ellas (agitación térmica) y un medio disolvente o “el vacío” en el caso de los gases. Pero todo esto son peticiones de principio,

meras hipótesis que *reducen* la realidad a un esquema matemáticamente manejable, pero irreal, *sin vida*.

¿Sin vida? ¿Hay algo quieto en el universo? ¿Las moléculas, los átomos, los electrones? No, no hay nada quieto, ni las moléculas que constituyen la piedra, ni los átomos de un metal. Todo está en movimiento incesante, evolucionando en una dirección u otra. La vida no comienza en los organismos eucariotas o procariotas, ni siquiera en los virus. He aquí una de las rayas de separación entre Química y Alquimia.

Al final de su *Órganon de la medicina*, Samuel Hahnemann nos describe su modo de preparar los remedios homeopáticos, que no son los de la Química corriente:

Para alcanzar su objetivo, la terapéutica homeopática desarrolla las virtudes medicinales internas y espirituales de las sustancias crudas hasta un extremo sin precedentes mediante un método peculiar no experimentado hasta mi época, y de este modo todas estas sustancias se vuelven por primera vez verdadera e inconmensurablemente efectivas y beneficiosas, incluso aquellas que en estado crudo no muestran el más mínimo poder curativo en el cuerpo humano. Esta considerable transformación de las propiedades de los cuerpos naturales, producida por una intervención mecánica al triturar o agitar sus partes más pequeñas (a la vez que mediante una sustancia diferente, seca o líquida, *son separadas unas de otras*)¹, desarrolla las fuerzas dinámicas, ocultas en ellas y antes imperceptibles, latentes y como adormecidas, que preferentemente ejercen su influencia sobre el principio vital, sobre el estado de la vida animal. A esta manipulación de las sustancias se denomina dinamizar, potenciar (desarrollar la fuerza curativa), y a los productos resultantes, dinamizaciones o potencias en diferentes grados.

A fin de desarrollar este poder de la mejor manera posible, se reduce a polvo hasta la millonésima parte una pequeña porción de la sustancia que hay que dinamizar, aproximadamente un grano, *triturándola durante tres horas* con tres veces 100 granos de lactosa conforme al método expuesto en la observación. Por los motivos que se exponen más adelante, primero debe diluirse un grano de este polvo en 500 gotas de una mezcla compuesta por una parte de aguardiente² y cuatro de agua destilada. De la dilución resultante se vierte en un frasco una única gota. A ésta se añaden 100 gotas de un buen alcohol³ y *se dan, manteniendo el frasco cerrado con su tapón, 100 sacudidas vigorosas con la mano contra un cuerpo duro pero elástico*. De ello resulta el remedio en su primer grado de dinamización, con el cual en primer lugar hay que humedecer bien globulitos de lactosa, a continuación, extender éstos rápidamente sobre papel secante, secarlos y guardarlos en un frasco bien cerrado que se etiquetará indicando la potencia de primer grado. Para continuar con las dinamizaciones se tomará un solo globulito, que se meterá en un frasco nuevo (con una gota de agua para diluirlo) y a continuación se dinamizará con 100 gotas de buen alcohol de

¹ Las cursivas son nuestras, y cobran enorme sentido en la época de la Nanotecnología.

² Entendemos un alcohol destilado de vino de unos 40°.

³ Un alcohol de alta graduación.

igual modo, es decir, mediante 100 vigorosas sacudidas. Con este líquido terapéutico espiritual vuelven a humedecerse otros globulitos, se extienden sobre papel secante, se secan y se guardan en un frasco cerrado a resguardo del calor y la luz del día, indicando que se trata de la segunda potencia. Hay que continuar así hasta obtener, realizando la misma operación, con un globulito a la 29 potencia disuelto en 100 gotas de alcohol puro, un líquido terapéutico espiritual con el que humedecer y luego secar globulitos que reciben así el grado de dinamización 30.⁴

“Espiritual” hay que entenderlo aquí como “espíritu de vino = alcohol”, es decir, una parte más sutil del compuesto inicial. En este caso la sutilidad es más drástica, puesto que nos vamos más allá de la materia, lo que podríamos llamar hoy “información”. En realidad, lo descrito por Hahnemann se halla cerca de lo que los alquimistas llamaban “abrir las sales”, es decir, liberar el “espíritu” que contienen disipando la materialidad, dotando de alas al dragón para que pueda volar (hacia el interior del ser humano, hacia el “hombre celeste”). Hemos rebasado el campo de la Química para introducirnos en el de la Alquimia. Pero sigamos con Hahnemann:

Gracias a esta manipulación de las sustancias medicinales se crean preparados que poseen la facultad de afectar certeramente las partes dolientes del organismo enfermo para, de ese modo, a través de una afección morbosa artificial similar hacer que desaparezca la sensación de enfermedad natural del principio vital presente en dicho organismo. Mediante esta manipulación mecánica, si se realiza conforme a la enseñanza expuesta, se logra que la sustancia medicinal, que en su estado crudo solo se nos presenta como materia, a veces incluso como materia no medicinal, se transforme y sutilice finalmente en una fuerza terapéutica de orden espiritual a través de sucesivas dinamizaciones. Ciertamente, esta fuerza no está al alcance de nuestros sentidos, pero los globulitos ahora medicinales y ya secos o, aún mejor, disueltos en agua, se convierten en sus portadores y verifican en el cuerpo enfermo el poder curativo de esa fuerza invisible.⁵

Invisible: ya no accesible a los aparatos ni, por tanto, a la experimentación, sino solamente a la *observación*. ¿Inaccesible al control del “método científico”? Veamos ahora la opinión de un médico homeópata moderno como ejemplo:

Sabemos que la disolución aislada no es suficiente para producir el fenómeno. La sucusión añade energía cinética a la solución, que es crucial. Si uno meramente somete una solución a sucusión sin volver a diluirla, se produce un aumento al nivel de una sola potencia, independientemente del número de veces que se somete a sucusión; por lo tanto, se necesita tanto la sucusión como la dilución. También sabemos que cuanto mayor sea la

⁴ Samuel Hahnemann. *Órganon de la medicina*. Párrafos 269 y 270. Editorial Mínima. Salamanca, 2008.

⁵ Ídem nota anterior, §270.

sucusión y la dilución, más se aumenta la potencia terapéutica, incluso más allá del punto en que no reste ni una sola molécula de la sustancia original.

Por lo que sabemos, la moderna física y química no tienen explicación posible para este fenómeno. Parece que esta técnica libera algún tipo de energía. La energía contenida de forma limitada en la sustancia inicial se libera y transmite de alguna manera a las moléculas del disolvente. Una vez que deja de existir la sustancia inicial, la energía que resta en el disolvente se puede reforzar continuamente *ad infinitum*. Las moléculas de disolvente han captado la energía dinámica de la sustancia original. Por los resultados clínicos sabemos que la energía terapéutica todavía tiene la “frecuencia vibratoria” de la sustancia original, pero la energía se debe reforzar hasta el punto de que sea capaz de estimular lo suficiente el plano dinámico del paciente para producir la curación.⁶

Tal vez el término “energía” no sea el más exacto y haya algo diferente como es la “información”, una tercera realidad ya reconocida por la Física del siglo XXI. Pero veamos alguna pista sobre ello, que nos la da el mismo Vithoulkas:

Se deberá dejar a los físicos y a los químicos el descubrir con precisión cómo se transfiere la energía al disolvente mediante esta técnica. Quizá se pueden encontrar algunas claves en la experiencia empírica de los homeópatas. Una propiedad definida de los remedios homeopáticos es la gran susceptibilidad a la exposición a los rayos solares. Si un remedio se expone directamente al sol, se pierde toda su potencia terapéutica. También parece ser cierto que los remedios se pueden tornar inactivos por la exposición al calor por encima de los 43°C - 49° C. Muchos homeópatas informan además que al menos algunos remedios se inactivan por la exposición a sustancias muy aromáticas, especialmente el alcanfor.⁷

Algo rompen los rayos del sol, que también desvirtúa el grado de agitación térmica. Uniones moleculares muy débiles o secuencias o geometrías de estas uniones. Dicho de otro modo, cristales líquidos capaces de influir en estructuras finas del organismo. Tal vez no entre cortezas electrónicas de los átomos (reino de la Química), sino entre mecanismos de coordinación de funciones entre los diferentes órganos del cuerpo, que nos son bastante desconocidos a fecha actual, pero cruciales para la homeostasis (equilibrio en el funcionamiento del organismo como un todo).

Materia, energía e información

Se nos cuenta que el agua es el medio de dilución general de las sustancias polares, medio de arrastre y soporte químico de la vida. Por tanto, como el símbolo del Elemento, pasiva, receptiva, incolora, inodora e

⁶ Georges Vithoulkas. *Las leyes y principios de la homeopatía en su aplicación práctica*. Paidós. Barcelona, 1997. Págs. 131-132.

⁷ Ídem nota anterior, pág. 132.

insípida. ¿Es esto realmente así? ¿Basta para conocerla del todo que demos la fórmula que nos proporciona la Química sobre su composición, H_2O , o es mucho más respecto de los seres vivos? ¿Es una simple casualidad que la vida sobre la Tierra surgiera de las aguas oceánicas? ¿Por qué en los Evangelios se alude repetidamente a “las aguas de vida”?

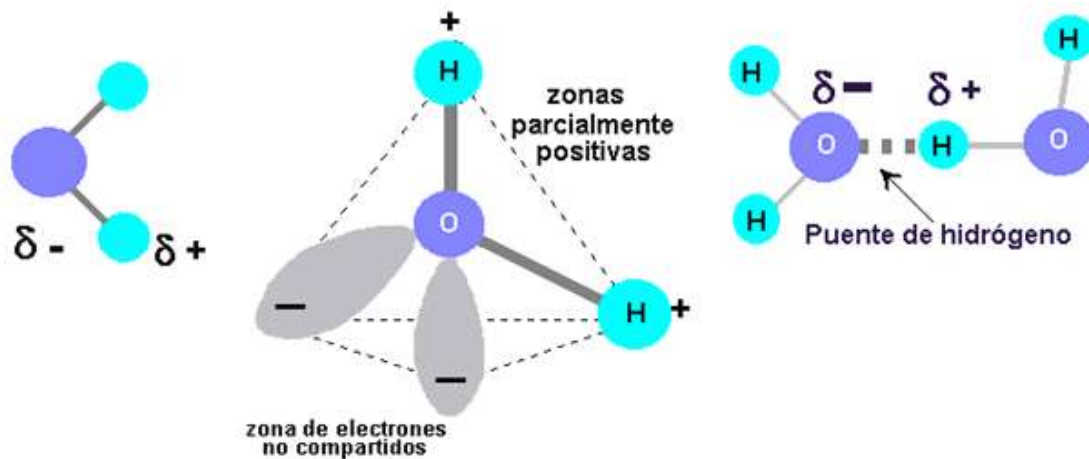
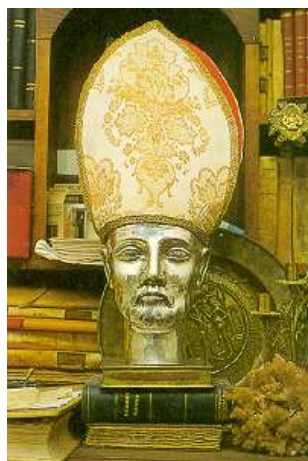


Fig. nº 3. El agua según la Química: mucho más que H_2O

Por otra parte, ¿cuál es el origen del agua en el planeta Tierra? ¿Cómo se formó, de dónde procede? No hay duda de que la vida surgió en el agua, en el océano, en condiciones muy distintas de las actuales. Luego hay una afinidad directa entre los seres vivos y el agua (aunque la frontera entre la vida y la no-vida todavía no esté clara).

El agua, ¿contiene solo H_2O o es algo más que un mero compuesto químico? Aparece en los rituales de todas las culturas, en todos los tiempos. Con ella se bautiza, se persignan los cristianos al entrar en los templos, el sacerdote la esparce con el isopo y, por supuesto, se la bendice. Los vascos del Pirineo de Navarra iban a las fuentes y recogían agua mientras sonaban las doce campanadas en Nochevieja; otros españoles lo hacían en San Juan, incluso en Asturias aspersaban al ganado en esa mañana y las mozas se revolcaban desnudas en el rocío para asegurar su fertilidad. A partir del siglo XVII viajaba por España una carroza transportando la efigie de una cabeza con tiara de San Gregorio (originaria de la iglesia dedicada al santo en Sorlada, Navarra) sobre la que se derramaba agua, y con esa agua que había tocado dicha cabeza se rociaban los campos en determinadas fechas para protegerlos de las plagas. En el año 1756-57 se realizó la gira a petición de Fernando VI y la Real Hacienda pagó las costas. De ahí el dicho navarro “andas más que la cabeza de San Gregorio”.



**Figura nº 4. Cabeza de San Gregorio.
Basílica de Sorlada (Navarra)**

En el *Liber Regius*, uno de los textos más conocidos de la denostada alquimia (denostada por quienes no conocen nada de ella, o se limitan a repetir lo que dicen algunos libros de texto sin conocimiento de causa, que persigue la quimera de la conversión del plomo en oro), podemos ver en una de sus láminas la recogida del rocío de mayo (obsérvese en ella los signos de Aries y Tauro, representados por el carnero y el toro) por parte de los esposos (principios solar y lunar, representados en el cielo y en la Tierra), que lo escurren sobre una vasija para emplearlo en sus operaciones alquímicas.



**Figura nº 5. Lámina del *Mutus Liber*:
recogida del rocío de mayo**

Existe un muy curioso libro en la Biblioteca Nacional que fue reeditado en 1979 por la extinta Editora Nacional (dependiente del Ministerio de Cultura, desaparecida con el centrifugado autonómico de

1978) titulado *Papeles sobre el agua de la vida y el fin del mundo*. Su autor fue Luis Aldrete y Soto y la edición de que hablamos recoge 6 textos de la última cuarta del siglo XVII. En uno de ellos se habla de las propiedades curativas de “cierta agua”, pero hay que tener paciencia y reinterpretarlo a través de nuestros conocimientos actuales. No juzgándolo apriorísticamente ni pidiendo que nos hable en términos modernos, sino reinterpretándolo, aplicando los conocimientos adquiridos en los años que nos separan de él con criterio neutro (tal como exige René Descartes en su *Discurso del método*).

Es de experiencia común para los agricultores que el efecto de un chubasco, o sea, del riego natural de la lluvia, sobre todo en primavera y verano, tiene efectos muy diferentes a los del riego con agua común, embalsada o no. Sobre todo, si esta agua procede de los ríos o canales actuales, que están muertos, sin pesca alguna a causa de la polución. Hace solo medio siglo los ríos españoles estaban llenos de madrillas, barbos, cangrejos, anguilas, carpas, ranas, etc., que daban de comer a no pocas familias. A finales de los años 60 se llenaron de vertidos industriales sin ningún control y hubo especies que desaparecieron de un año para otro, como sucedió con los cangrejos autóctonos, un manjar exquisito que hemos perdido. Permítasenos contar a este respecto una anécdota personal de cuando los ríos aún estaban vivos.

Yo iba de paquete en una “Bultaco” de los años 60 y al bajar de ella me rocé la canilla derecha con el tubo de escape, estando la tela del pantalón de por medio. No sentí dolor, aunque noté que algo había pasado. Al día siguiente apareció en la zona rozada una gran roncha roja de la que no tardó en caer la piel y quedar en carne viva. Me la curaron con “mercromina” y penicilina en polvo (¿dónde quedan el mercurio y el cromo, tan tóxicos en el organismo, para curar heridas? ¡Método experimental!), pero la herida se infectó. Fue pasando el tiempo y ni se cerraba ni se curaba. Era pleno verano y, con quince añitos, no podía bañarme en la piscina, donde solía pasar tardes enteras. Mercurocromo diario, penicilina en polvo diaria, y no se notaba ningún cambio. Habría transcurrido un mes y cierto día acompañé a mi padre al río Alhama a pescar madrillas con trasmallo. Lo tendimos y él empezó a lanzar piedras y moverse dentro del agua para movilizar la pesca. Harto de mi herida abierta, entré en el río y lo imité. Al día siguiente, la herida estaba cicatrizada y apenas quedaba resto de infección.

Recuerdo que, pese a ser el mes de julio, el río bajaba caudaloso y claro, lo cual quiere decir que se trataba de aguas jóvenes caídas por lluvias en la cabecera. Esto es importante, porque las “aguas milagrosas” de las fuentes y balnearios han de tomarse allí, *in situ*. Transportadas en envases, pierden enseguida su virtud, como ocurre con el agua de lluvia (a menos que se “dinamice”).

A este respecto podemos señalar la larga tradición existente sobre las propiedades de las aguas de los manantiales (el mito de la fuente de la “eterna juventud”, etc.), que ya nos viene al menos de los tiempos de los romanos en la Mitología: están habitadas por unos seres fantásticos (las *xanas*, o *janas*, las ondinas de la Edad Media, seres femeninos siempre), las cuales hay que entender hoy como la particularidad que distingue esas aguas “vivas” de otras aguas “muertas”, como son las canalizadas, potabilizadas, etc. El cristianismo situó en esos enclaves las romerías, generalmente dedicadas a alguna Virgen local (a veces tan explícitas como “fuensantas”, “fuentes de la salud” etc.). ¿Quién no recuerda la fiebre de traer el agua de Lourdes en cantimploras de plástico en los años 50-60, las primeras que vimos hechas con este material? ¿O la inmersión de parálíticos y enfermos incurables en estas aguas pirenaicas? Más que hablar livianamente de supersticiones y de ignorancia, sería bastante más provechoso profundizar en ello a través de los conocimientos actuales.

Hablando del agua de lluvia y la manera de tratarla en preparados para utilización agrícola, los biodinámicos (seguidores de Rudolf Steiner y la Antroposofía) nos ofrecen interesantes testimonios:

El removido, despertar de un reposo. El objeto de la operación es “despertar” los preparados de un estado latente a una forma activa. Se trata de transmitir al agua las características del preparado, hacer que el agua se convierta en un elemento vivo y sensible. Por ello, el removido se ha de efectuar durante una hora de forma intensa.

Para hacernos una idea de lo que ocurre entre el agua y el preparado, podemos compararlo al magnetismo que adquiere un trozo de acero al friccionarlo con un imán. Igualmente, el removido incesante produce una fricción entre el preparado y el agua, confiriendo a esta última las propiedades del primero. La diferencia estriba en que el agua no es capaz de mantener las fuerzas mucho tiempo, lo que nos obliga a emplearla en el curso de unas horas.

Para remover el agua utilizaremos un tonel de madera o, a menor escala, una vasija de barro. Los recipientes de plástico o metal influyen desfavorablemente en el preparado. El agua tiene que estar tibia, como a la temperatura de un baño.

Ya se ha dicho que no se trata de mezclar solo el agua y los preparados en forma de dilución, sino que hay que agitar el agua para hacerla viva y conferirle nuevas características.⁸

¿Se observa la similitud con la “dinamización” de Hahnemann en Homeopatía? Por cierto, y aunque pocos manuales de Física lo citen: se puede imantar una barra metálica sometiéndolo a una buena sesión de giros sobre un eje perpendicular al suyo. Es como si se obtuviera de ese modo un

⁸ Kjell Arman. *Tierra y pan*. Editorial Rudolf Steiner. Madrid, 1985. Págs. 36, 38. Los subrayados son nuestros.

“centrifugado” de electrones libres (teoría del enlace metálico). Algo parecido debe suceder en el agua que se hace girar en el recipiente de madera durante una hora (el agua es una molécula con separación parcial de cargas, ver figura nº 3), una ordenación temporal de sus moléculas, un cristal líquido que con el tiempo vuelve a desordenarse por agitación térmica.

El conocimiento de la diferencia entre aguas “vivas” y aguas “muertas” no es de hoy. A lo largo de las zonas olivareras del Levante y del Sur ibéricos, la preparación artesanal de aceitunas de mesa respeta la norma empleando para ello aguas de lluvia recogidas en los aljibes de las casas de los secanos y vasijas de vidrio o cerámica. En la preparación de las salmueras se remueve el líquido siempre con utensilios de madera o cerámica también, nunca de metal. La experiencia muestra que, de utilizar metales, las salmueras fermentan y la conserva se estropea. Habría que dar una explicación adecuada del hecho. Naturalmente, la industria conservera elude este procedimiento empleando para ello conservantes, antioxidantes, etc.

La existencia de puentes de hidrógeno en las moléculas de agua permite la formación de agrupaciones (dímeros, trímeros, tetrámeros, etc.) y de verdaderos cristales líquidos, que, además de la mera composición química, contienen en la estructura algún tipo de *información* afín al agua en los seres vivos y que éstos son capaces de decodificar y utilizar. Formas y estructuras lábiles, pero reales y reproducibles mediante procedimientos adecuados, a los que todavía la Química no ha dado importancia ni se ha ocupado de ellas.

Que el agua es algo más que H₂O nos lo muestran los cristales de la nieve, siempre con forma básica hexarradial, pero nunca iguales. Ciertamente que las circunstancias en que se realiza la cristalización de cualquier sustancia son claves para determinar las estructuras, pero *no se conoce ninguna que presente más sensibilidad a los ambientes que el agua.*

Por ejemplo, todos los libros de texto repiten que, a 1 atm de presión, el agua congela a 0° C. Pero esto depende de las condiciones del proceso, si éste es lo suficientemente lento, puede tenerse agua líquida por debajo de 0° C, resultando entonces lo que se llama un “líquido subenfriado”. En ese estado, la congelación se produce no de la superficie hacia el fondo, como ocurre en los ríos en invierno, sino instantáneamente, en bloque. Es esta una circunstancia bien conocida de los experimentadores de laboratorio concienzudos, pero que suele pasarse por alto, salvo en obras especializadas de Química Física o Termodinámica.

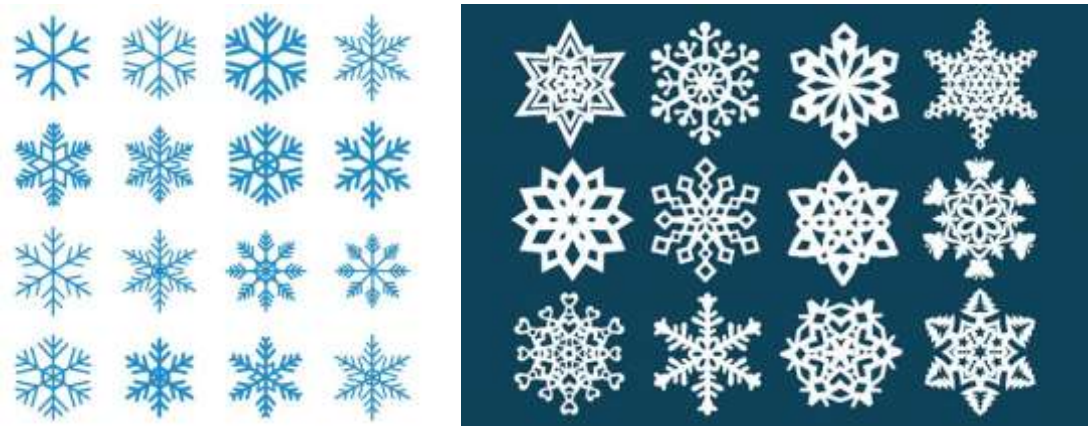


Fig. nº 6. Cristales de nieve: variedad infinita

La infinita variedad de los cristales de nieve podemos achacarla al ambiente propio de cada nevada y de cada lugar, que nunca son iguales. Y nos hace dudar tanto del concepto de tiempo uniforme newtoniano como del espacio euclidiano que desarrolló Descartes con sus coordenadas: se trata de conceptos abstractos, ideales, matemáticos, pero no físicos, no reales, no cosmológicos (aunque los empleemos corrientemente y respondan por lo general a nuestra experiencia cotidiana). Sin duda, el agua atmosférica, al cristalizar en forma de nieve, es sensible a buen número de influencias ambientales del momento y del lugar. No solo termodinámicas (temperatura, presión), sino de otras que, habitualmente, el cientificismo suele pasar por alto (eléctricas y magnéticas, presencia de iones en el aire -partículas α , electrones, iones de diverso tamaño y carga, núcleos de condensación-, radiación en diversas bandas -infrarroja, microondas, visible, ultravioleta, gamma-), en fin, toda una serie de factores que, al no tenerse presentes, nos presentan una realidad caricaturizada y esquemática, alejada de la verdad (reduccionismo científico).



Fig. nº 7. Cristales nieve: variedad infinita bajo la permanente estructura hexarradial



Por tanto, el modelo estrictamente químico parece ser insuficiente para explicar todas estas peculiaridades del agua *viva*. La Química se ocupa exclusivamente de los intercambios electrónicos entre las capas externas de los átomos, pero esto no agota otros procesos distintos (entre núcleos, por ejemplo, siempre presentes, como nos indica la presencia permanente de radiactividad ambiental natural). La Química se ciñe a los intercambios de materia y energía, pero el universo no acaba aquí. Las estructuras, las formas, también son importantes, de ahí que la Termodinámica haya introducido el concepto de *entropía* (relacionado con el orden-desorden), fundamental para entender la espontaneidad de las reacciones químicas. Pero, ¿se agotan aquí todas las posibilidades? La propia ordenación atómica ya supone un tipo de energía, pero, ¿y la secuencia?

Pongamos un ejemplo fonético de cuatro letras para ilustrar lo que queremos decir: ¿significa lo mismo “tapa” que “pata”? Evidentemente no, para el conocedor del código lingüístico, aunque los dos términos contengan las mismas cuatro letras. La secuencia introduce aquí un nuevo concepto, una novedad cosmológica del siglo XX descubierta a partir del desarrollo de los procesos de computación electrónicos: la *información*. ¿Descubierto o “redescubierto”? Porque, ¿qué significa el término “logos” del Evangelio de San Juan, mal traducido como “palabra” o “verbo” (en el principio era la Palabra, o, en el principio era el Verbo)? Se trata de un término intraducible actualmente, ya que expresa conceptos perdidos, mucho más profundos de lo que usualmente se concede a la ciencia de los antiguos.

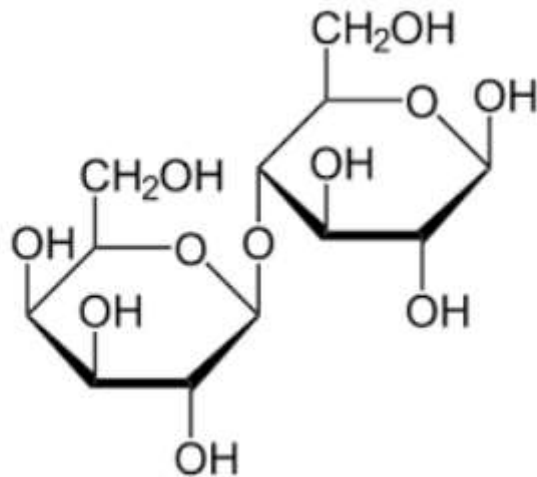
Y, sin duda, esos atractivos cristallitos de nieve son, siempre bajo la estructura básica hexarradial, la expresión del momento preciso, que nunca es igual al anterior ni al posterior. Debido a ello es preciso investigar por esa vía, en la que nos vamos a reencontrar con asuntos aparentemente absurdos de la ciencia antigua (porque no solo no la comprendemos, sino que la denostamos), como es el de la importancia de las formas (recordar el ejemplo de la talidomida, Platón), especialmente de los ángulos y de los triángulos, que se hallan en la base de la doctrina de los Elementos (Fuego,

Aire, Agua y Tierra) y los sólidos platónicos, con la que empiezan algunos libros de texto, donde tachan a los antiguos de ignorantes y atrasados. Las traducciones actuales del *Timeo*, donde se tratan estas doctrinas cosmológicas, están hechas por lingüistas, conocedores del idioma griego, pero no de la materia de que trata el texto que, incluso para Platón, ya parece oscuro en sus días, lo cual sugiere su antigüedad. Con toda probabilidad, le llegaron noticias sobre este asunto de la ciencia babilónica, ya distantes en el tiempo para él, y difíciles de comprender incluso en el siglo IV a. C., pasado el acmé de la cultura del Éufrates y el Tigris. Es el mismo caso de Ptolomeo con su *Tetrabiblos* y *Armonicas*, donde encontramos pasajes que él mismo tiene dificultades para ilustrar aquello de lo que pretende dar cuenta. O del teorema de Pitágoras, el ciclo de Metón y tantos otros conocimientos astronómicos, matemáticos y físicos, que no son de origen griego, sino medio-oriental, como ha revelado un mejor conocimiento de la Historia de la Ciencia.

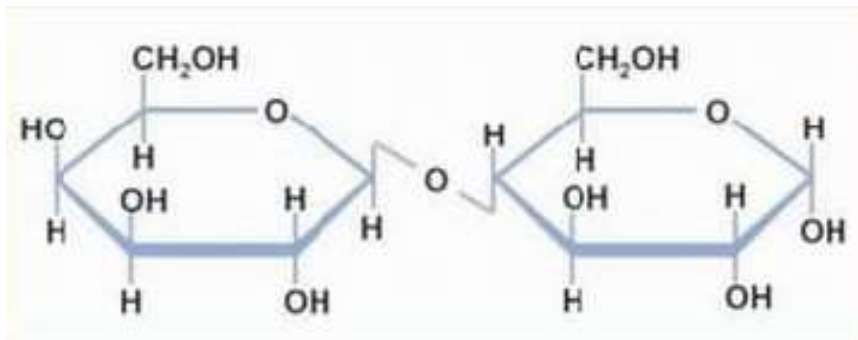
He aquí las tinieblas del mal llamado “siglo de las luces” y de la “Ilustración” (Enlightenment). Es decir, del razonamiento lineal: pasado = atraso, ignorancia; presente = progreso, conocimiento. ¿Y en el futuro? Sociedad sin clases, sin gradiente (en Termodinámica, “muerte térmica del universo”). El Paraíso final, que no el inicial de las Tradiciones del mundo, el Jardín del Edén con su Árbol de la Ciencia, a partir del cual la humanidad se fue alejando del conocimiento primigenio (ciencia infusa de la *Biblia*, conocimiento directo de las cosas). El mundo al revés.

Pero nos estábamos refiriendo a la permanente estructura hexarradial de los cristales de nieve, de modo que entramos de lleno en el mundo de las formas y, particularmente, de los ángulos, que no dependen de los tamaños ni las distancias, y que son la base sobre la que se crea todo lo físico (núcleos atómicos, átomos, moléculas, genes, cromosomas, virus, células, organismos micro y macroscópicos, sistemas solares, estelares, galaxias, etc.). Este pensamiento se halla todavía vivo en la doctrina astrológica de los aspectos, o distancias angulares concretas de los planetas vistos desde la Tierra.

Los “aspectos” de la astrología los encontramos también en las estructuras naturales, microscópicas y macroscópicas. La forma hexarradial, o la hexagonal, la encontramos en los anillos de los hidrocarburos aromáticos (forma elemental la del benceno, C_6H_6) y sus múltiples derivados. También en la glucosa (molécula base del metabolismo, de donde los seres vivos extraen la energía) y la lactosa (disolvente sólido empleado en homeopatía). En el mundo macroscópico, en las celdillas de los panales de las abejas, en las seis patas características de *todos* los insectos, etc. Detrás de las formas se encuentran los *Números*, o arquetipos de la Naturaleza, que no debemos confundir con las “cifras” o “guarismos”.



Moléculas de glucosa (arriba) y lactosa (abajo)



La importancia de los números naturales (enteros positivos) la vemos en los niveles de energía de los átomos (números cuánticos principales), pero también de los fraccionarios sencillos (números cuánticos de spin) y de los enteros negativos (subniveles de energía detectados gracias al efecto Zeeman), donde aparece también el 0. Todo esto nos lleva a la teoría ondulatoria y a los armónicos (los electrones en los átomos son tratados matemáticamente mediante funciones de onda). Toda onda (ciclo, frecuencia) nunca viaja sola, sino con su propio tren de armónicos. Y, ¿qué son los armónicos? Múltiplos o divisores enteros y fraccionarios sencillos del período (o la frecuencia) fundamental del oscilador. Conocer esto es básico en Musicología, pero también en Arquitectura, a la hora de diseñar una sala para conciertos). Y, por supuesto, en Astrología, que trata de la “música de las esferas”, con su teoría de los aspectos, que trataremos en su momento.

Lo fundamental es que seamos capaces de discernir que, detrás de las apariencias, detrás de toda forma material, se ocultan los Números y los armónicos y, por tanto, los mismos “aspectos” de que trata la Astrología, los cuales, en el mejor de los casos, la ortodoxia considera asuntos de burda superstición del pasado. ¡Método experimental!

El mito del tiempo uniforme

Por un lado, hay un concepto de tiempo que viene de nuestra experiencia cotidiana; por otro, hay un tiempo abstracto clásico, y también un tiempo relativo (Teoría de Einstein) ligado al espacio, en el que ambos conforman un *continuum* espacio-tiempo. En el mundo esquemático y desvitalizado del método experimental, un instante es igual que otro, una hora es una hora igual aquí que en Londres o en la Luna, un minuto del mes de enero es igual a un minuto del mes de agosto. Pero, para todo lo vivo, aunque el reloj siga su movimiento uniforme, cada instante de tiempo es diferente. La Astrología discrepa aquí diametralmente: no hay dos momentos iguales, dos tiempos iguales. Cada instante es único e irrepetible, diferente a todos los demás. En realidad, este es el meollo de todo el entramado del sistema astrológico.

Cuando se repite una y otra vez en el laboratorio la misma experiencia, se da por supuesto que, con todas las demás condiciones iguales, el experimento tiene que dar el mismo resultado, dada la homogeneidad del tiempo, que se da por supuesta. Pero, estrictamente hablando, nunca, nunca, las condiciones pueden repetirse: la Tierra se mueve alrededor del Sol con una velocidad de unos 30 km/s (108.000 km/h), y el Sol, con todo su Sistema planetario, se mueve hacia la estrella Vega de la Lyra a unos 20 km/s (72.000 km/h). Obviamente, a cada instante, no solo estamos cambiando de lugar en el espacio-tiempo, sino que las condiciones reinantes en éste son muy distintas de un lugar a otro (radiaciones, partículas, campos electromagnéticos, etc.). Los aparatos de medida de los laboratorios, por lo general, no están diseñados para poder constatar esos cambios, lo cual no significa que no existan. De hecho, contra la opinión científica dominante, los seres vivos estamos sintonizados a esos cambios imperceptibles (inconscientemente), poseemos mucha mayor sensibilidad que los burdos aparatos de medida ordinarios. La materia viva los detecta muy por encima de la materia mineral, aunque no nos demos cuenta de ello conscientemente.

Hay tres grandes relojes que conciernen a todo ser vivo sobre la Tierra. Uno es el Sol, con sus estaciones, las subidas y bajadas sobre el horizonte, que marcan, con el giro de nuestro planeta sobre sí mismo, el día, la noche y las horas; y con el giro de traslación, el clima, los meses (junto con la Luna) y el año. El segundo reloj es la Luna, de movimiento muy complicado, pero cuyo ciclo básico es el de las fases y el mensual, de luna nueva a luna nueva, o de luna llena a luna llena. El tercer reloj es el planetario, mucho más complejo aún, con los ciclos individuales y combinados de los planetas, lo cual es el objeto principal de la Astrología.

Entre la comunidad científica prevalece la opinión dogmática de que la Luna no influye en el tiempo ni sobre los seres vivos. Craso error de quienes pasan el tiempo enclaustrados en sus gabinetes de trabajo. Pero el agricultor de cualquier parte del mundo conoce desde hace milenios por su

experiencia y no por ideología, que las semillas germinan más rápidamente en luna nueva que en luna vieja; que la tierra removida en luna vieja guarda mejor la humedad que si se hace en luna nueva; que la madera para construcción debe cortarse en la menguante de enero, cuando la savia es mínima (y, en general, ésta circula con más vigor en luna nueva que en luna vieja); que el estiércol removido en luna nueva se infesta de plagas, mientras que el que se mueve en luna vieja no se aviva; que el vino en la bodega debe trasegarse en cuarto menguante y con día claro, caso contrario se enturbia (aunque hoy los enólogos se salten la vieja norma controlando física y químicamente esos trabajos).

Los antiguos se manejaban en otro concepto no euclidiano ni cartesiano del tiempo. Tenían en cuenta que cualquier animal, incluyendo la especie humana, evoluciona más rápidamente cuanto menos edad tiene y eran consciente de que, al cumplir años, todos sus procesos biológicos se van ralentizando. Igualmente, que su evolución no es continua y lineal, sino por saltos. El bebé comienza con la ingesta solo de leche materna, pero, llegado un tiempo, ya empieza con papillas, etc.; echa los dientes, empieza a gatear, después a andar y hablar. Y las niñas son más precoces que los niños. Las enfermedades infantiles suelen ir unidas a estirones en el crecimiento, y con los cambios hormonales, dan el gran cambio de la adolescencia, etc.

En la vida humana se distinguen períodos de estabilidad, con pocos cambios, separados por crisis (transformaciones en pocas unidades de tiempo). Y, a cada paso dado, cambia el cuerpo físico y se evidencian cambios psicológicos y mentales. A un lado y al otro de las crisis (transformaciones sucesivas), el individuo es integralmente distinto. No podemos hablar de evolución continua (lineal), sino discreta y discontinua, por saltos. Es lo que los antiguos llamaban “eones”, algo así como “montoncitos de tiempo”.

Except for solar and lunar returns, modern astrological prediction conceives of time as a continuously moving point that extends from the past through the present toward the future, infinitely in both directions. To the modern mind, there is nothing structurally different between past and future : the future is only less available to us than the past. The present moment is simply another point on the continuum. When events occur, there is a coincidence of causes that intersect at one of these places of the continuum.

Ancient astrologers were concerned rather with events that occur within discrete and divisible units of time. Ordinarily we think of events happening within years and months of our lives, without reference to its place on a calendar, and our ancestors did likewise.⁹

⁹ Joseph Crane. *Astrological Roots: the Hellenistic Legacy*. The Wessex Astrologer. Bournemouth, England, 2007. Págs. 226-227. Traducción: [Salvo para los retornos solares y lunares, la predicción astrológica moderna concibe el tiempo como un punto en continuo movimiento que se extiende desde el pasado a través del presente hacia el futuro, infinitamente, en ambas direcciones. Para la mente moderna,



Frisos en la iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora)

Podemos ver representada esta concepción ondulatoria de la vida en algunas representaciones de origen oriental presentes en construcciones visigóticas y románicas, como estas que tenemos ante la vista. Aunque tal vez se trate de ornamentaciones, no debemos dudar de que tengan un origen con contenidos abstractos profundos, y más aún, tratándose de construcciones con fines religiosos. En la figura superior están explícitamente representadas dos ondas, con sus fases negativas y positivas de carácter contrario (fase de fructificación en las partes negativo-femeninas, fase de floración en las positivo-masculinas). En la de abajo el ciclo contiene dos cruces, que pueden ser cristianas, pero no hemos de olvidar el significado cosmológico de la cruz (ver a este respecto el *Libro de las Cruces*, la primera traducción del árabe al castellano de un texto de carácter científico). La cruz está hecha de oposiciones y cuadraturas (aspectos astrológicos, doctrina plenamente vigente en la época). Tengamos en cuenta el significado del término “acontecimiento *crucial*”: es realmente cuando hay oposiciones y cuadraturas al direccionar un horóscopo el momento de producirse los

no hay nada estructuralmente diferente entre el pasado y el futuro: el futuro está menos disponible para nosotros que el pasado. El momento presente es simplemente otro punto en el continuum. Cuando llegan los acontecimientos, se trata de una coincidencia de causas que se cruzan en uno de estos lugares del continuo.

Los astrólogos antiguos se preocupaban más bien por los eventos que ocurren dentro de unidades de tiempo discretas y divisibles. Por lo general, pensamos en eventos que suceden dentro de años y meses de nuestras vidas, sin referencia a su lugar en un calendario, y nuestros antepasados hicieron lo mismo.]

hechos comprobables e importantes de la vida, aunque resulten problemáticos (atención, por tanto, al significado y etimología del término “crucial”).



Rueda de la vida. Canecillo en la entrada del monasterio de la Oliva (Navarra)

Ruedas de la vida donde los planetas empujan a la humanidad pueden verse en cantidad de manuscritos medievales, imágenes de Santa Catalina, etc.: era la cosmología y la manera de ver el mundo de la época, muy distintas de las actuales. Así que entremos ahora en el asunto de los aspectos astrológicos. Será en un próximo artículo.

